

THE HORUS HERESY®

James Swallow

SIGNUS PRIME

El ángel caído

timunmas



THE HORUS HERESY®

SIGNUS
PRIME

James Swallow

timun**mas**

Título original: *Fear to Tread*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Fear to Tread, *Signus Prime*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2012 por Black Library
Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2012

© De la traducción Games Workshop Limited. 2016. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0308-4
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B 2248-2016
Impreso en España por EGEDSA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

La guerra que sacudió Melchior la libraron dioses y ángeles, partió el cielo y la tierra, quemó montañas y convirtió en cenizas los propios océanos, pero al final, todo aquello solo tuvo un único objetivo. Fue en las blancas llanuras de sal del Desierto Plateado, donde los esclavos y los fieles se habían esforzado para conseguir levantar las torres de alabanza y las capillas de empatía. Fue allí donde los nephilim se agruparon para librar la última batalla.

Retrocedieron sin cesar a lo largo de los meses que había durado la guerra hasta ese momento, y habían abandonado todos los campos de batalla, sin importar si habían vencido o habían sido derrotados. Casi daba la impresión de que, para ellos, las ciudades, las llanuras y los desfiladeros quedaban impurificados por el derramamiento de sangre. Los nephilim daban media vuelta y se alejaban, y poco a poco fue evidente hacia dónde se dirigían. Después de que sus naves espaciales ovoides quedaran barridas de la órbita y perdieran todo control del espacio que rodeaba el planeta, las rutas que seguían en sus desplazamientos resultaron ser tan anchas como para que se las pudiera distinguir a simple vista. Las amplias bandas compuestas por figuras, aquellas cintas negras formadas por refugiados que acudían desde todos los puntos cardinales, destacaban sobre el paisaje igual que las nubes de humo que surgían de las ciudades quemadas.

La guerra de los dioses y de los ángeles podría haber acabado desde allí mismo, desde aquella posición en órbita tan ventajosa. Solo habría hecho falta el tiempo y la paciencia necesarios para conducir al enemigo hasta su último bastión de resistencia y luego bombardearlo hasta que nadie fuera capaz de recordar dónde se encontraba.

Sin embargo, aquella no era de esa clase de batallas, ni los que la libraban pertenecían a ese tipo de seres que se inclinaban por quedarse quietos y esperar. Existían afrentas de tal escala que había que responder del modo adecuado, existían lecciones que había que dar y demostraciones de fuerza que la galaxia debía contemplar. Los nephilim habían ofendido gravemente a la humanidad, y había que castigarlos por su crimen.

Otro elemento que había que considerar eran las personas. No todos les cantaban sus himnos con el rostro cubierto de lágrimas de alegría mientras contemplaban a los gigantes que caminaban entre ellos. No todos entregaban absolutamente todo lo que tenían a los nephilim, desde la comida hasta los primogénitos, en cuanto aquellos lo pedían. Muchos de aquella multitud no tenían elección alguna, estaban encadenados y eran esclavos. Se merecían que los liberaran. La simple sugerencia de sacrificarlos en el altar de la guerra era inconcebible.

Algunos decían que, en realidad, todos los adoradores eran esclavos, si se aplicaba aquella definición en su sentido más amplio. Al final, aquella discusión no sirvió para nada puesto que todos estaban de acuerdo en que, para liberar a las gentes de Melchior, había que exterminar a todos los nephilim, hasta el último de ellos. En ese sentido no había desacuerdo alguno.

En el corazón del Desierto Plateado, sobre el yeso de un color blanco centelleante envuelto por las oleadas de calor solar, los nephilim se reunieron con todas sus fuerzas entre las escarpaduras y las rocas partidas y allí entonaron sus curiosos cánticos ululantes y se afanaron con las estructuras de cobre de sus construcciones, a la espera del enemigo que tenía que llegar.

Eran caballeros con armaduras del color de la luna pálida y rebordes negros, y formaban una inmensa falange de ceramita, de escudos y de armas de fuego. Eran ocho mil en total, y las pisadas de las botas de las armaduras machacaron la sal de la capa superior de la tierra hasta convertirla en una cortina pulverizada que se quedó flotando en el aire con la misma ligereza que el humo de un papel quemado. Dio la impresión de que aquellas figuras blancas sobre una superficie blanca envueltas en una neblina avanzaban flotando mientras se acercaban a los límites exteriores del gran campamento de los nephilim provocando un sonido estruendoso, un retumbar interminable, que daba la impresión de que no cesaría jamás. Los batallones que marchaban estaban rodeados por las máquinas de combate: los tanques de batalla, los aerodeslizadores que flotaban en el aire impulsados por los

chorros invisibles de los motores gravitatorios, los vehículos bajos y cuadrangulares que se asemejaban a trilobites cubiertos de placas de blindaje y otros muchos vehículos erizados de cañones de armas de diferentes tipos. Por encima de la neblina asomaban cientos de estandartes y pendones de batalla en los que se veían diversas variantes del emblema dibujado en las hombreras de los guerreros: el rostro negro de una criatura canina de aspecto astuto con una luna creciente bajo el morro, junto a los numerales de las escuadras y las distinciones de combate de las diferentes unidades.

La bandera más alta, la que marchaba en el punto más adelantado de toda la formación, mostraba un emblema único: un ojo dibujado de tal manera que recordaba a los símbolos arcanos de la antigua Terra. Era un ojo abierto y retador, acechante, como el de un depredador. El estandarte lo enarbolaba un paladín entre paladines, quien tenía un aspecto formidable con su armadura forjada por artesanos y que marchaba a la derecha de un semidiós. De un señor de la guerra.

Horus Lupercal, primarca de los Luna Wolves y señor de la XVI Legión Astartes, se detuvo en seco y alzó uno de sus pesados guanteletes para señalar las líneas de barricadas y de muretes que formaban el borde de la horda nephilim. Una ondulación recorrió las filas de sus guerreros cuando todos se detuvieron y se mantuvieron a la espera de sus órdenes.

La luz intensa y desagradable del sol de Melchior provocaba una sombra oscura e insondable a sus pies.

—¿Los ves, capitán? —preguntó Horus en voz baja sin girarse hacia su segundo al mando.

El capitán Hastur Sejanus, pretor de la Cuarta Compañía de los Luna Wolves, asintió con gesto lúgubre. El disparo de un pulso aullante de los nephilim casi le había acertado durante una de las fases de la campaña y le había dañado los huesos del cráneo. Ya casi estaban soldados del todo, pero el proceso curativo tenía el efecto secundario de provocarle un dolor de cabeza constante, aunque de baja intensidad. Ese dolor incesante hacía que estuviera irritable y no mostrara su buen humor habitual.

Los gigantes ya se habían puesto en movimiento y surgieron de los diversos puntos de su campamento. Al capitán de la Cuarta le llegaron el sonido sibilante y trémulo de sus voces cantarinas a medida que avanzaban y los gritos de los hombres y mujeres que se apresuraban a quitarse de su camino. Unas pisadas gigantescas retumbaron contra el suelo tenso de las arenas desérticas.

Horus alzó la cabeza y miró hacia lo lejos contemplando el cielo desprovisto casi por completo de toda nube. Durante unos momentos, el

comandante pareció no sentir interés alguno por los movimientos del enemigo.

Sejanus miró a su alrededor, a sus lugartenientes, y les indicó con rápidos gestos del lenguaje de batalla que ordenaran a las unidades de apoyo pesado y a los dreadnoughts que se encontraban desplegados alrededor de la formación de los Luna Wolves que se prepararan para el combate. Los cañones láser, los bólters pesados del tipo Drako y los lanzamisiles ya estaban dispuestos de antemano. El capitán oyó a su espalda el sonido de ocho mil armas que se amartillaban a la vez.

—Aquí vienen —comentó.

Se sintió obligado a decir algo cuando el primero de los gigantes alienígenas se alzó y pasó por encima de las barreras interiores a escala humana de su baluarte. Los nephilim se movían con una especie de agilidad cuidadosa y sin prisa alguna que hacía que Sejanus se acordara de las criaturas marinas que una vez había visto a través de las paredes de un tanque de cristal. Se movían por el aire como si nadaran en el agua, de un modo engañosamente lento, pero él ya había visto en persona la rapidez con la que eran capaces de moverse si así lo querían, de un modo ágil y veloz que hacía difícil acertarles con los disparos.

Sejanus estaba a punto de dar la orden de iniciar el ataque, pero Horus captó su intención y le detuvo con un gesto negativo de la cabeza.

—Una última oportunidad. Ya hemos llegado hasta aquí. Quizás podamos salvar unas cuantas vidas.

Y antes de que Sejanus tuviera tiempo de contestarle, su señor echó a caminar hacia las líneas enemigas, hacia la criatura alienígena colosal más cercana.

Era un gris. Sejanus había absorbido mediante una transferencia hipnológica todos los datos conseguidos sobre los alienígenas y ya sabía lo mismo que sabían los oficiales de inteligencia del Ejército Imperial y que habían conseguido discernir sobre la estructura de mando de los nephilim. Los colores de sus cuerpos oblongos e hinchados parecían indicar el rango y la posición en esa escala de mando. Los azules eran individuos normales y corrientes, que se encontraban a menudo en las primeras filas de combate. Los verdes parecían cumplir una función parecida a la de un apotecario o quizás a la de un sargento de escuadra. Por lo que se deducía, los grises eran los comandantes, y los analistas los definían como «capitanes» a falta de una palabra mejor. Todos los intentos de traducir el chirriante idioma nativo de los alienígenas habían fracasado por completo. Los registros superiores de los sonidos existían en franjas hipersónicas

que se encontraban más allá incluso de la capacidad auditiva modificada y aumentada los Space Marines. A eso se unían las extrañas pautas luminosas que emitían las líneas de puntos fotóforos que tenían en la piel, lo que hacía que fuera inútil cualquier esfuerzo por descifrar su idioma.

Sin embargo, los nephilim no habían tenido problema alguno para conseguir lo contrario. Habían llegado a Melchior hablando el gótico imperial como si fuera su lengua nativa, y lo que habían dicho había privado al dominio de la lejana Terra y al Emperador de la Humanidad del gobierno de todo un sistema estelar.

El gris captó el avance de Horus y se dirigió hacia él. Los destellos luminosos de su epidermis mandaron una orden silenciosa a las líneas de azules y de verdes que estaban desplegadas a su espalda. Todos se detuvieron y Sejanus vio cómo alrededor de sus gruesas patas, semejantes a columnas, se apiñaban puñados de humanos, del mismo modo que unos niños se apretujarían alrededor de su madre. Todos los conversos empuñaban las armas que habían saqueado de las diversas fuerzas de defensa planetaria de Melchior. Se distinguían levemente sus rostros, aunque estaban tapados por las gruesas máscaras translúcidas que llevaban puestas. Esas máscaras daban a todos los rasgos faciales un aspecto uniforme e inacabado. El cuerpo de inteligencia del Ejército tenía la teoría de que las máscaras que llevaban puestos sus seguidores estaban fabricadas a partir de trozos de epidermis de la carne de los nephilim. Se había observado que los verdes se cortaban trozos de su propia piel con ciertos propósitos rituales, y se especulaba con la posibilidad de que, de algún modo, el hecho de ponerse aquellas máscaras de piel encadenara a los seguidores a sus señores alienígenas esclavizadores. Sejanus había estado presente en alguna de las autopsias posteriores a las batallas de unos cuantos nephilim muertos y había visto las entrañas fibrosas y los órganos gelatinosos que componían el interior de aquellas criaturas. Se trataba de unos seres enormes con una forma vagamente humanoide, con una superficie pulida como la esteatita, y unas extremidades abstractas que hacían las veces de brazos y piernas. Las cabezas con forma de cúpula sobresalían directamente entre los hombros, sin cuello alguno. Todo el cráneo estaba cubierto por rendijas olfativas y puntos oculares. Bajo aquella luz, los nephilim se asemejaban a objetos de vidrio soplado, ya que sus cuerpos semitransparentes brillaban bajo la luz del día.

Horus se detuvo, y el gris se inclinó un poco para mirarle mejor. Cualquiera de los alienígenas doblaba como mínimo en altura al legionario de mayor estatura.

—Voy a hacerte la misma oferta una última vez —le dijo Horus a la criatura—. Libera a los esclavos y abandona este lugar. Hacedlo ahora mismo, en nombre del Emperador.

Los fotóforos del nephilim brillaron al mismo tiempo que extendía sus manos rechonchas de tres dedos en un gesto de falsa sinceridad que sin duda había copiado de algún ser humano. El aire delante de la criatura reverberó cuando una serie de oleadas de energía invisible aparecieron de repente. Las ondas de sonidos cargados de armónicos extraños silbaron y zumbaron. Así era como hablaban los alienígenas: creaban una membrana timpánica externa y etérea y manipulaban el paso de las moléculas a través de ella gracias a alguna clase de procedimiento desconocido. No lo lograban por medios psíquicos, eso ya se había comprobado, sino que lo conseguían mediante alguna tecnología todavía desconocida. Sin duda se trataba de una serie de implantes colocados a lo largo de sus formas orgánicas.

—¿Por qué os oponéis a nosotros? —le preguntó la criatura—. No existe necesidad alguna de ello. Queremos la paz.

Horus colocó la palma de la mano sobre el pomo de la espada que llevaba al cinto.

—Eso es mentira. Llegasteis al planeta sin que nadie os invitara a ello, y adoptasteis un nombre de la mitología antigua de Terra, de Caliban y de Barac.

—Nephilim —El alienígena pronunció con claridad cada sílaba de la palabra con su peculiar voz aguda y musical—. Los serafines caídos —El gris dio un pesado paso hacia adelante y se acercó al primarca, lo que provocó que Sejanus cerrara la mano con más fuerza de un modo instintivo alrededor de la empuñadura del bólter de asalto—. Adoradlos. Alabadnos. Encontrad la paz.

—Encontrad la paz —repitieron a coro los humanos que se apiñaban a los pies de los alienígenas, como si aquellas palabras escondieran una bendición.

Horus no apartó en ningún momento la vista de aquella criatura.

—No sois más que parásitos —le respondió, y aquellas palabras recorrieron la planicie arrastradas por el viento rompiendo el silencio que siguió a la declaración del alienígena—. Sabemos muy bien cómo conseguís vuestro sustento. Os alimentáis de las emanaciones de la vida. Nuestros psíquicos imperiales lo han visto. Necesitáis que os adoren... que os idolatren igual que si fuerais dioses.

—Eso... —empezó a responder el alienígena con su voz semejante a un zumbido—. Eso es una especie de paz.

—Y gracias a vuestra tecnología controláis las mentes y aprisionáis los espíritus. Las mentes de los humanos. Los espíritus de los humanos —Horus meneó la cabeza en un gesto negativo—. No podemos permitir algo así.

—No podéis detenernos —El gris señaló con un gesto hacia las hectáreas de torres de cobre y de antenas de aspecto extraño que se extendían a su espalda. Ya se veían miles de nephilim. Formaban un océano de gigantes que avanzaban con largos pasos lentos—. Ya nos hemos enfrentado a vosotros y conocemos vuestro modo de combatir. Y sólo podéis vencer si matáis a aquellos que deseáis proteger —Luego señaló a un grupo de conversos. El alienígena abrió de nuevo las manos en el mismo gesto de sinceridad, y bajo su piel se movieron varias hileras de luces blancas—. Uníos a nosotros. Os lo mostraremos todo, comprenderéis lo hermoso que es encontrarse en... comunión, lo hermoso que es ser al mismo tiempo un dios y un simple mortal.

Sejanus captó durante un momento el paso de una sombra por el rostro de Horus, pero aquello solo duró un instante.

—Hemos destronado a todos los dioses —le replicó el primarca—. Y lo cierto es que vosotros no sois más que una triste sombra de esas criaturas falsas.

El gris emitió un grito ululante en su propio lenguaje, y la legión de nephilim avanzó. Cada uno de los alienígenas emitía una serie de luces fosforescentes amarillas de color intenso y agresivo.

—Os destruiremos —le aseguró—. Os superamos en número.

Horus hizo un gesto de asentimiento con expresión pensativa y desenvainó la espada, una arma enorme de acero pulido y adamantium.

—Lo vais a intentar —le replicó a su vez el primarca—. Sin embargo, hoy os enfrentáis a los hijos del Emperador y a sus guerreros. Somos los Luna Wolves, y esta legión será el yunque contra el que os partiréis.

En las alturas se oyó un chasquido bajo, y luego se produjo una serie de estampidos semejantes a truenos cuando varias explosiones sónicas procedentes de la atmósfera superior alcanzaron la superficie del desierto. Sejanus alzó la mirada, y su aguda vista captó las líneas formadas por las estelas de condensación. Eran cientos, y las dejaban a su paso por la atmósfera unas grandes lágrimas de color carmesí y unos halcones de tonos escarlata que descendían a velocidades supersónicas hacia la arena plateada.

—Nosotros somos el yunque —repitió Horus al mismo tiempo que señalaba con la espada—. Ahora, contemplad el martillo.

El cielo aulló.

Surgida de los tubos de lanzamiento de una docena de acorazados y de barcasas de combate situadas en órbita baja, una lluvia de cápsulas de ceramita atravesó la atmósfera superior de Melchior y descendió igual que un diluvio de meteoros llameantes hacia el Desierto Plateado. Junto a ellas descendían unos halcones lanzados en picado: las Stormbird y las cañoneras de desembarco viraban y giraban en el aire mientras se dirigían hacia el gigantesco campamento de los nephilim.

Tenían un color rojo como la sangre, rojo como la rabia, y transportaban decenas de compañías de los guerreros de la IX Legión Astartes. La velocidad del ataque era la clave para lograr la victoria. El engaño había conseguido que los invasores alienígenas y los fanáticos que los adoraban avanzaran para enfrentarse a las fuerzas agrupadas de los Luna Wolves, lo que había dejado debilitadas y vulnerables a las posiciones defensivas de los flancos. Sin embargo, los gigantes alienígenas pensaban con rapidez y, en cuanto se dieran cuenta de que los habían engañado, procurarían reagruparse y fortificarse.

Los Blood Angels no estaban dispuestos a permitir que eso pasase. Los nephilim quedarían desorganizados y destrozados, y toda cohesión de combate se vería destrozada por el brutal asalto que en esos momentos se encontraba a escasos segundos del punto de impacto.

Los primeros impulsos aullantes de energía sónica pasaron a toda velocidad junto a las unidades de la fuerza de asalto que descendían. Los rayos energéticos de aire oscilante provocaron destellos espontáneos y centellantes de luz ardiente. Los alienígenas más veloces desplegados por la superficie del desierto comenzaron a alzar sus gruesos brazos hacia el cielo como si ansiaran abrazar las nubes, y utilizaron la resonancia de sus esqueletos cristalinos como guías de ondas para sus ataques aullantes.

Aquellas cápsulas de desembarco a las que rozaban esos rayos sónicos se salían por completo del rumbo que seguían y continuaban el descenso en espiral y fuera de control hasta salir del cuadrante de aterrizaje y acabar dirigiéndose hacia el erg de sal blanca. Aquellas que no tenían tanta suerte y recibían un impacto directo quedaban reventadas o terminaban estrellándose en una colisión brutal contra otras cápsulas. La Stormbird que marchaba en cabeza, del mismo color carmesí que las demás, pero adornada con unas alas doradas, trazó un vector de descenso a través de las andanadas de descargas sonoras y guió a las demás naves en una maniobra de picado rugiente y centelleante.

Los cañones láser y los soportes de misiles que llevaba en el morro y en las alas abrieron fuego para responder a los disparos de los defensores nephilim. Las explosiones abrieron cráteres ennegrecidos en la densa arena. Se acercaban cada vez más con cada segundo que pasaba, pero seguían estando demasiado lejos como para efectuar disparos precisos. En realidad, el propósito de los artilleros de la Stormbird era acosar a los defensores y obligarles a dejar espacios abiertos en los que aterrizarían los guerreros atacantes.

Cuando llegó al punto sin retorno, la aeronave roja y dorada comenzó a trazar una espiral descendente. Una serie de placas metálicas de la zona ventral del casco comenzaron a deslizarse, impulsadas por pistones hidráulicos a lo largo de raíles, y dejaron al aire libre y aullante el compartimento que se encontraba al otro lado. Las demás aeronaves realizaron la misma maniobra y sus compartimentos quedaron abiertos.

De la Stormbird que marchaba en cabeza salió una figura equipada con una armadura del mismo color del sol. Un primarca. Otro semidiós.

Un ángel.

Se lanzó al cielo pálido y se entregó a la fuerza de gravedad igual que si fuera su amante para dejar que lo arrastrara hasta la velocidad terminal. Su hermoso rostro, al descubierto, mostraba una expresión decidida, y la melena de trenzas de su cabello chasqueaban bajo el tremendo viento. Un instante después, lanzó un grito de desafío.

En su espalda surgió una explosión blanca cuando desplegó sus grandes alas níveas en un enorme arco que atrapó el flujo del aire y lo dominó sin esfuerzo alguno. Los adornos dorados, las lágrimas de valioso jade rojo y de rubíes, el tabardo de seda y la cota de malla de platino repiqueteaban contra una armadura de ceramita y plásticos tan cargada de elementos decorativos, tan gloriosa en un sentido estético, que parecía más propia de la mejor galería de arte que de un campo de batalla. Luchó contra la fuerza del viento para desenvainar una espada roja de aspecto feroz con una empuñadura curva y rematada por una punta aguda. Aquella arma era pariente de la espada que empuñaba su hermano Horus allá en el suelo.

Le acompañaban unos guerreros que mostraban en sus rostros la misma determinación y ferocidad que él. Los legionarios de asalto de una decena de compañías descendían impulsados por los chorros aullantes de sus retroreactores, con las armas en la mano y el deseo de venganza y de castigo en los ojos. A la cabeza de todos aquellos guerreros bajaba la Sanguinary Guard, con unas armaduras doradas y unas

alas blancas que imitaban las de su señor. Sin embargo, esas alas eran de metal esmaltado y, al igual que las escuadras de asalto, su vuelo era impulsado por los chorros de llamas anaranjadas de los rugientes motores de fusión.

El primarca se posó en el suelo con un impacto mayor que el de una andanada de misiles disparados a quemarropa desde un Vindicator. La onda de choque, que formó un círculo perfecto, surgió resonante desde sus botas y se extendió por las arenas del desierto. Los azules nephilim que se dirigían presurosos hacia el punto de aterrizaje cayeron derribados, y los adornados bólters de muñeca de los guerreros de la Sanguinary Guard y las andanadas de las escuadras de asalto acabaron con ellos mientras todavía se esforzaban por ponerse en pie.

El ángel Sanguinius surgió del cráter que había provocado su llegada y se enfrentó a su primer enemigo. Un verde nephilim se lanzó a por él sin dejar de gritar pulsos de disrupción sónica con la potencia suficiente como para destrozarse huesos y partir rocas. El alienígena era mucho más alto que el primarca y se alzó por encima de él con la piel translúcida cubierta por la feroz iluminación parpadeante de su lenguaje de colores. El primarca oyó una cadencia llena de chasquidos mientras el alienígena avanzaba a la carrera: la capa dérmica exterior se había endurecido hasta formar una cubierta natural, una armadura vítrea de superficie empañada.

Sanguinius alzó la punta de la espada y trazó un arco reluciente de metal centelleante que impactó en el centro de la masa que formaba su torso. La hoja afilada atravesó la piel vítrea y la cortó sin esfuerzo alguno. Los trozos que cayeron sobre la armadura de combate del primarca repiquetearon como campanillas cuando rebotaron contra su superficie. El arma siguió atravesando con fuerza y en profundidad la carne alienígena. El filo monomolecular cortó limpiamente los gelatinosos órganos internos y partió los huesos de silicona hasta dejar al aire las entrañas de la criatura. El alienígena de piel verde quedó dividido por la mitad y, mientras se desplomaba, lanzó un aullido fúnebre que sacudió el polvo del suelo.

Sanguinius agitó la hoja de la espada para limpiarla un poco de la sangre metálica de color plateado que la cubría y luego le hizo un gesto de asentimiento a su guardia de honor. Todos se giraron para mirarle. Cada uno de los cascos que llevaban puestos era un reflejo de la apariencia del propio primarca, con las placas faciales esculpidas de modo que representaran el noble ideal que era su rostro.

—Primera sangre, Azkaellon —dijo mirando al comandante de la Guardia.

—Es lo apropiado, mi señor —le contestó el guerrero, tenso por la inminencia del combate.

Sanguinius hizo un nuevo gesto de asentimiento.

—Mis hijos conocen muy bien cuál es su misión. Atacad ferozmente y atacad velozmente.

Azkaellon saludó y luego se quitó el casco, lo que dejó a la vista los rasgos encallecidos de su rostro.

—Que se cumpla vuestra voluntad.

Mientras el comandante decía aquello, al rugido de las demás Stormbird que aterrizaban se unió el coro causado por los impactos estruendosos de las cápsulas de desembarco al estrellarse. El suelo retembló a sus pies cuando las lágrimas de ceramita chocaron contra la arena para luego abrirse como flores de una belleza mortífera. De cada una de las cápsulas salieron filas de guerreros en formación de batalla, acompañados por bibliotecarios, guardianes de armaduras negras y apotecarios de combate. Azkaellon vio que todos ellos alzaban la mirada hacia Sanguinius en busca de inspiración. Al igual que ellos, se sentía orgulloso de estar allí, al lado de su progenitor y primarca.

—No quedará ningún alienígena con vida —les prometió.

Sanguinius alzó la espada para contestar al saludo.

—En cuanto a los otros... —El ángel no llegó a terminar la frase, pero el comandante sabía a quiénes se refería. A los esclavos—. Liberad a todos los que podáis. Lucharán a nuestro lado ahora que saben que no nos hemos olvidado de ellos.

—¿Y qué pasará con los adoradores? —preguntó Azkaellon al mismo tiempo que señalaba a la desigual línea de combate que formaban los adoradores enmascarados, que avanzaban con paso cauteloso hacia los legionarios de armadura roja—. ¿Qué hacemos si ofrecen resistencia?

Por el rostro del gran ángel pasó una sombra cargada de dolor que disminuyó durante un momento su esplendor.

—Entonces, ellos también quedarán liberados.

Sanguinius alzó la espada, y el gesto provocó un rugido en los hijos que tenía ante él, un sonido que reverberó contra el cielo.

Una cohorte de azules de pasos pesados apareció en la cresta de un pequeño risco y la batalla comenzó por fin para los Blood Angels.

Al principio, fue Horus quien marcó el desarrollo de los planes de batalla. El señor de los Luna Wolves discutió con su hermano en el estrategium de su propia nave insignia, el *Espíritu Vengativo*. Lo hicieron delante de una amplia imagen hololítica, donde le mostró el plan que había concebido para destrozar la voluntad de lucha de los nephilim. Era la táctica de asombro y sometimiento, una demostración implacable de todo su poderío militar, la clase de estrategia que el hermano de Sanguinius había terminado haciendo suya a base de utilizarla una y otra vez a lo largo de las diferentes campañas que había librado a lo largo de la Gran Cruzada. Horus quería que los Blood Angels marcharan hombro con hombro junto a los Luna Wolves para formar una marea roja y blanca capaz de acobardar a los alienígenas con aquella visión de miles y miles de legionarios que se dirigían hacia las puertas de su último bastión para luego cruzarlas y pasar por encima de las propias almenas, sin detenerse a parlamentar, sin titubear en ningún momento. «Al igual que el océano del que surgieron estas criaturas», había dicho Horus. «Pasaremos por encima de los alienígenas, los arrasaremos y los ahogaremos».

La enorme pretenciosidad del plan era su mayor fortaleza, pero Sanguinius no se había dejado arrastrar con facilidad por su aparente atractivo. Los dos hermanos habían discutido y argumentado una y otra vez, cada uno a un lado de la imagen hololítica, sin dejar de presentar obstáculos e impedimentos a las ideas del otro. Para un observador ajeno a todo aquello, semejante situación le habría parecido altanera, casi cruel e insensible, el hecho de ver cómo aquellos dos poderosos guerreros creados genéticamente hablaban de una batalla monumental como si no fuera más que una simple partida de regicidio.

Sin embargo, esa imagen no podía estar más alejada de la realidad. El Blood Angel había estudiado los distintos paneles que se veían en la holografía y se había fijado en los incontables iconos que representaban las concentraciones de habitantes del planeta, la disposición de los diferentes elementos de la geografía, el engañoso relieve del paisaje desértico, repleto de puntos ocultos donde las tropas quedarían concentradas y atrapadas, de zonas que se convertirían en auténticos mataderos. Horus ya había valorado mentalmente todas las tácticas de combate y había tomado una decisión penosa pero necesaria. Había realizado una elección difícil, y luego había seguido adelante con los planes de ataque, sin pensar más en ello, no por falta de compasión, sino por la necesidad de ser pragmático y eficaz.

Sanguinius era incapaz de hacer algo semejante con tanta facilidad. Aquel plan de ataque burdo y basado en la fuerza bruta era algo más propio de sus hermanos más despiadados, como Russ o Angron, y ni Sanguinius ni su hermano Horus eran tan toscos. No se centraban tanto en el objetivo como para olvidarse de todo lo demás.

Sin embargo, era difícil no dejarse llevar por la rabia provocada por los actos de los nephilim. Los gigantes alienígenas se habían burlado del gran sueño de la humanidad con sus discursos de paz y de unidad, y habían dejado tras de sí un rastro de destrucción formado por más de un centenar de planetas antes de que llegaran a Melchior.

Sagan, todo el Racimo DeCora, Orfeo Minoris, Beta Rigel II... Estos planetas habían perdido toda su población humana. Sus habitantes habían sido conducidos como ganado hacia las capillas empáticas grandes como montañas, y allí dentro habían sido consumidos con lentitud. El auténtico horror de todo aquello era que los nephilim utilizaban antes a los últimos que devoraban para que realizaran las tareas de sometimiento en su nombre. Sus seguidores eran los solitarios, los dóciles, los afligidos, a los que atraían con sus promesas de alcanzar la divinidad. Los seducían con sus fábulas sobre una existencia eterna para los devotos y de un sufrimiento interminable para los incrédulos, y eran muy buenos a la hora de convencer.

Quizás los alienígenas se creían de verdad que lo que estaban haciendo era acercarlos de algún modo a una existencia que trascendía lo físico, que los conducían a una vida posterior a la muerte en una especie de paraíso eterno. Pero eso no importaba. Gracias a sus conocimientos tecnológicos, implantaban partes de sus propios cuerpos alienígenas para reforzar la comunión con sus devotos y llegaban incluso a cortarse la piel para crear las máscaras que marcaban a sus fieles más entregados. Los nephilim controlaban sus mentes, ya fuera mediante la transmisión de su propia voluntad o gracias a la debilidad del carácter de aquellos a los que escogían.

Eran una clara afrenta a la galaxia secular forjada por el Emperador. No se trataba sólo de que ofendieran la pureza del ideal humano, sino que también lo hacían con la eliminación insidiosa, semejante a la del cuco, de aquellos que de un modo insensato les ofrecían su lealtad ya que, según los informes de los descubrimientos de los exploradores de los Blood Angels y los Luna Wolves, era evidente que los alienígenas se alimentaban de las propias vidas de aquellos que los adoraban. El interior de las capillas vacías estaba abarrotado de pilas de cadáveres resecos,

de cuerpos que habían envejecido en pocas horas a medida que les absorbían toda esencia vital. Los primarcas se habían sentido repugnados cuando se descubrió por fin la verdadera naturaleza del enemigo al que se enfrentaban.

Los nephilim se alimentaban de la adoración.

Así pues, lo que Sanguinius pretendía era privar a aquellos repugnantes alienígenas de todo su sustento y acabar con su arrogancia con el mismo golpe. Los invasores alienígenas estaban convencidos de que los hijos del Emperador jamás les dejarían morir de hambre recurriendo a la táctica de matar a los humanos que utilizaban como si fuera ganado, y así era. Sin embargo, aquello que los nephilim consideraban una debilidad, el Ángel lo convirtió en una fortaleza. Los alienígenas estaban tan convencidos de lo impenetrables que eran sus posiciones defensivas que habían agrupado casi todas sus fuerzas para hacer frente a las tropas de Horus en un gesto de desafío a los Luna Wolves, retándoles a que los atacaran.

En cuanto los alienígenas se dieron la vuelta, con una creencia en la victoria que les impidió ver la determinación inquebrantable de los guerreros a los que se enfrentaban, los verdaderos ángeles cayeron sobre Melchior envueltos en fuego y se convirtieron en el martillo de la ira del Emperador.

El primarca avanzó corriendo a la carga, convertido en un huracán, y se lanzó contra el grueso de las filas de los nephilim surcando el aire con una serie de movimientos ágiles y precisos. Mató a uno tras otro con la hoja de su espada y el filo de una moharra corta que llevaba incorporada en el otro avambrazo, sin dejar de aullar a aquellos que intentaban ensordecerlo con sus ataques sónicos. Azkaellon y Zuriel, el comandante y el lugarteniente de su guardia personal, uno a cada lado, disparaban los bólteres de la clase Angelus que llevaban montados a la altura de las muñecas y vomitaban una cascada de proyectiles contra las líneas enemigas. Con cada impacto, las cabezas explosivas de esos proyectiles estallaban convertidas en centenares de monofilamentos cargados de energía magnética. Cada impacto explosivo que los nephilim sufrían en la piel causaba una serie de detonaciones sangrientas en el interior de aquellas criaturas alienígenas. El campo de batalla estaba cubierto de charcos de fluidos relucientes y azulados que disminuían de tamaño a medida que las arenas plateadas los absorbían poco a poco.

Tras la Sanguinary Guard avanzaban las compañías de asalto, con sus respectivos capitanes en vanguardia. Raldoron, el Ensangrentado de

la Primera, disparaba sin cesar la pistola bólter que empuñaba en una mano firme. Sus veteranos de elite llevaban las armaduras decoradas con talismanes de ébano tallados de forma que se parecieran a los que utilizaban las tribus de cazadores de Baal, el planeta natal de los Blood Angels. Al primer capitán se le unieron varias unidades de los portadores de escudos de la Novena Compañía de Furio XX, además de numerosos guerreros del capitán Galan, de la 16.^a, con sus típicas largas gujas afiladas, y del capitán Amit, de la 15.^a, estos últimos empuñando pistolas bólter y cuchillos de despellejar.

Las salvas de disparos de las armas pesadas se concentraron en las torres de cobre y las paredes de las capillas empáticas, lo que privó a los nephilim de la infraestructura de su refugio y los obligó a enfrentarse en combate abierto. Al sur, donde Horus había efectuado la maniobra inicial de distracción, la gran marea que formaba la batalla cambió y se fragmentó. Los Luna Wolves mantuvieron sus posiciones defensivas al inicio de la batalla para bloquear cualquier ruta de avance o de huida de los alienígenas, pero después comenzaron a avanzar a su vez. La línea de guerreros de Horus se extendió para formar un arco amplio y obligaron a retroceder a los gigantes de múltiples colores, lo que los acercó más a los bólters y las espadas de los Blood Angels. La trampa que los hijos del Emperador habían planificado a bordo del *Espíritu Vengativo* comenzó a convertirse en una victoria con una inevitabilidad brutal. A cada minuto, dejaban menos y menos espacio de maniobra a los nephilim. Muchos de los adoradores de los alienígenas empezaron a rendirse, y catervas enteras de ellos chillaron de dolor mientras se esforzaban por arrancarse las máscaras que les habían colocado, mientras que aquellos que ya estaban demasiado inmersos en el proceso de adoración entregaban en vano la vida por sus señores en un intento inútil de ralentizar el avance de los Space Marines.

Sanguinius no sentía piedad alguna por aquellos estúpidos. Se habían dejado arrastrar por un puñado de palabras e ideas hermosas, se habían dejado dominar por sus miedos en vez de por sus esperanzas. Por lo que respectaba a los nephilim, el Ángel solo sentía la mayor de las furias.

Los legionarios carmesíes y su señor dorado avanzaron sin cesar por encima de los cadáveres de los alienígenas volcando toda su ira contra sus enemigos. La música susurrante de las extrañas canciones de los nephilim se convirtió en una escala atonal de sonidos atemorizados resaltada por el contrapunto de gruñidos y bufidos llenos de agresividad. Los

escuadrones de aerodeslizadores de Horus pasaron aullantes por encima y acribillaron a una falange de nephilim azules con una serie de andanadas de cañones gravitatorios y de cañones de fusión para luego atravesar la cortina de humo provocada por los incendios que asolaban el perímetro exterior del campamento.

El grito de combate de Galan llamó la atención del primarca y éste le miró durante un momento. En la cara del guerrero se veía una tremenda expresión de ferocidad, de determinación, y Sanguinius sintió que le invadía una oleada de orgullo por luchar al lado de sus hijos. Eran legionarios nacidos en Baal y en Terra, unidos muchos años antes por el propio Ángel en persona bajo un estandarte carmesí. Aquellos guerreros constituían sus armas más afiladas, sus mentes más brillantes. No tenían rival alguno en batalla, y el primarca se permitió disfrutar durante un momento de la sensación gozosa, pura y salvaje, que provocaba el placer del combate. Iban a vencer. Ninguno de ellos había temido lo contrario en ningún momento.

El enemigo estaba sumido en la confusión, y su maldad estaba fuera de toda duda. Era una batalla justa, y la victoria del Imperio era tan inevitable como el amanecer del sol de Melchior. Sanguinius y Horus lograrían derrotar por completo a sus enemigos, y un mundo que estaba perdido volvería al seno de la humanidad de nuevo. Lo conseguirían los hermanos de batalla, los hermanos de sangre que luchaban juntos, tanto los primarcas como los legionarios. Ya notaba la victoria en los labios, con un sabor dulce y oscuro, como el buen vino.

Y así pues, fue allí, en las relucientes arenas de Melchior, donde todos los nephilim fueron pasados por el filo de la espada.

Tras la batalla, los esclavos liberados fueron apartados de los pocos conversos que todavía seguían vivos por temor a que se produjera un estallido de asesinatos vengativos propios de la mentalidad de una masa airada. Horus se encargó en persona de aquello, y les dejó bien claro a los que se proclamaban dirigentes de los humanos liberados que todos los traidores serían llevados a la justicia, pero que sería la justicia imperial, legítima e imparcial, fiel a los dictados de la ley.

Mientras se preparaban los procesos, los prisioneros tuvieron que efectuar tareas agotadoras y serviles, vigilados por los soldados de las brigadas del Ejército Imperial que habían descendido al planeta para apoyar a las legiones. Los conversos arrastraron los cadáveres de los nephilim hasta formar grandes pilas por la superficie del desierto. Luego tuvieron que

encargarse de encender esas grandes piras para quemar los cuerpos de los alienígenas a los que habían adorado. A otros los organizaron en grupos de trabajo que llevaron a cabo el desmantelamiento de las torres de cobre que ellos mismos habían obligado a construir a sus antiguos conciudadanos tan solo unos días antes.

Sanguinius se encontraba de pie sobre una colina baja de roca pálida mientras contemplaba cómo se ponía el sol en el lejano horizonte. Tenía las alas replegadas a la espalda, y la sangre alienígena que le había cubierto mientras combatía había desaparecido, completamente limpiada de su armadura. Hizo un gesto de asentimiento. Melchior ya estaba a salvo y la victoria había sido completa. Ya estaba pensando en la siguiente batalla, en el siguiente mundo que necesitaba ser iluminado.

Una sonrisa le apareció lentamente en los labios cuando notó cómo se acercaba su hermano, pero no se giró hacia Horus.

—Existe un asunto que me inquieta profundamente —declaró Sanguinius con una solemnidad fingida.

—Ah, ¿sí? —El señor de los Luna Wolves se paró a su lado—. Suena preocupante.

Ninguno de los dos prestó atención al hecho, pero debajo de ellos, en el desfiladero poco profundo que se extendía a sus pies, muchos de los soldados, de los prisioneros e incluso de sus propios legionarios se detuvieron para mirarlos. Siempre era una visión extraordinaria contemplar a un primarca en persona. Contemplar nada menos que a dos de aquellos seres humanos forjados mediante la ingeniería genética era algo que la mayoría de los presentes recordaría mientras vivieran, y lo harían por muchas razones distintas.

—¿Cómo puedo calmar tu inquietud, hermano? —siguió diciendo Horus fingiendo una actitud seria.

El Ángel le miró.

—Si el gris hubiera hecho lo que le pedías, si hubiera liberado a los siervos y esclavos... Sé sincero, ¿de verdad hubieras dejado que los alienígenas se marcharan?

Horus asintió, como si la respuesta fuera evidente.

—Soy un hombre de palabra. Les hubiera dejado marcharse de la superficie del planeta y que se dirigieran a su órbita —Luego inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero cuando llegaron a la altura de tus naves, bueno... —Se encogió levemente de hombros, pero las enormes hombrecas de la armadura exageraron el gesto—. Tú nunca has sido tan amable como yo.

La sonrisa se convirtió en una carcajada. Sanguinius hizo una pequeña reverencia burlona.

—Eso es muy cierto. Siempre he tenido que contentarme con ser el mejor guerrero.

—No me obligues a arrancarte esas plumas —le replicó Horus.

—¡No, por favor! —exclamó Sanguinius—. Sin ellas sólo sería tan hermoso como tú.

—Estoy seguro de que sería una tragedia —admitió Horus.

El momento de diversión trivial pasó y, cuando volvieron a hablar, no lo hicieron como dos hermanos que están de buen humor, sino como dos generales aliados.

—¿Cuáles son las naves que has elegido para que se queden y supervisen la siguiente fase de sometimiento?

Horus se pasó los dedos por la barbilla.

—Creo que dejaré al *Espada de Argus* y al *Espectro Carmesí*. Los pelotones del Ejército Imperial que llevan a bordo pueden actuar como guarnición del planeta y asegurarse por completo de que el culto a los nephilim ha desaparecido por completo. Si todo va bien, podrán partir y reunirse con mi flota expedicionaria dentro de pocos meses.

El primarca alado alzó la vista hacia el cielo.

—Me temo que no será la última vez que veamos a estas criaturas.

—El Khan ya está atacando su planeta natal. Él se encargará de acabar lo que nosotros hemos empezado aquí hoy mismo.

—Eso espero. La tecnología que han utilizado estos alienígenas, la facilidad con la que se infiltraron en las mentes de estos civiles... Es preocupante. No podemos permitir que esto se produzca de nuevo —Sanguinius bajó la cabeza y miró a su hermano—. Bueno, ¿adónde irás ahora?

—Al sector Ullanor. Hay una docena de sistemas que han dejado de responder a los mensajes, todo el arco que va desde Nueva Mitama hasta Nalkari. Sospecho que se trata de una incursión alienígena.

—¿Orkos?

—Es lo más probable. Me vendría muy bien tu ayuda, hermano.

Sanguinius le sonrió de nuevo.

—Lo dudo mucho. No podría acompañarte aunque quisiera. Mis astrópatas se han mostrado inquietos desde hace días, desde que comenzaron a descifrar los mensajes que han enviado nuestros exploradores desplegados en la nebulosa de Perseo. Me han comunicado que es tremendamente necesario someter a muchos planetas de ese sector.